

providencia tomada por don Jorge Lozano fue revocada por él *in articulo mortis* (1793).

Doña María Clemencia, quien si supo distinguirse como novia amantísima, supo también ser esposa abnegada y madre ejemplar, tuvo tres hijos, uno de los cuales se llamó Antonio Ricaurte. Falleció en 1795.

Su esposo Juan Esteban la siguió a la tumba el año de 1798.

MANUEL JOSE FORERO

EL DIA EN EL COLEGIO

EL ESTUDIO

Debéis estudiar, hijos míos; y creo no ignoráis el por qué de esta obligación; os he hablado del deber y de sus causas. ¿Pero, cómo y con qué disposiciones debéis estudiar para que vuestro estudio sea verdaderamente un estudio cristiano? Os responderá por mí un doctor de la Iglesia.

En el siglo XII, hijos míos, un santo ilustre que visitó vuestro país, fundando en él muchos monasterios, san Bernardo, abad de Claraval, explicando a sus monjes un versículo del *Cantar de los cantares*, que dice: «*Si ignoraste, egredere*, si eres ignorante, sal,» halló ocasión de hablarles de la ciencia y de la manera de adquirirla: «Todo el fruto de la ciencia,—les decía,—y toda su utilidad dependen de tres cosas que deben ser consideradas en el estudio: el *orden*, que debe presidirlo, el *ardor* y el celo que se deben poner en él, y el fin que a él nos debe llevar: *Quo ordine, quo studio, quo fine.*»

Voy a hablaros hoy, hijos míos, de este mismo tema, del tema que desarrolló san Bernardo. Sólo deseo que entre

el discurso de san Bernardo y el mío haya una diferencia, acerca de la cual os recomiendo el mayor cuidado. Notó san Bernardo que muchos de sus oyentes no estaban atentos ni despiertos hasta el final de su discurso: *Quosdam siquidem oscitantes, quosdam et dormitantes intueor*. Cuento con vosotros, para evitarme tal infortunio y tal afrenta.

I

Quo ordine: ¿qué orden de precedencia habéis de seguir en vuestros estudios? Porque hay que establecer entre ellos una jerarquía que esté de acuerdo con la dignidad y la importancia de cada uno. San Bernardo exige que se estudie con preferencia lo que más directamente conduce a la salvación: *Id prius quod maturius ad salutem*. Esto, hijos míos, es nombrar la instrucción religiosa; y en efecto, ¿no es justo que en la escuela de Dios sea Dios el primer objeto de vuestro estudio? ¿No es razonable que el primero de los seres sea el primero a quien se conozca y el primero a quien se ame?

En otra parte, lejos de aquí proscribise de la escuela la enseñanza religiosa; dictense leyes para establecer que el hombre debe saberlo todo, excepto, precisamente, lo que para esta vida y para la otra es absolutamente necesario al hombre; trátese por todas partes de hacer hombres sin fe, que no podrán menos de llegar a ser hombres sin ley; es digna ocupación de esos obreros de las tinieblas y de la muerte, que un día han de dar cuenta de su conducta a Dios y a la historia. Pero, en cuanto a vosotros, si tenéis corazón, hijos míos, comprenderéis que es ésa una nueva razón para que tributemos al catecismo y a la doctrina cristiana una reverencia y una aplicación tanto más religiosas, cuanto más sacrilegamente son expulsados de otras escuelas, devolviéndoles en vuestros corazones y en vuestras in-

teligencias ese trono de donde los arroja la mano de los conjurados.

Examina en segundo lugar san Bernardo el ardor con que debemos entregarnos al estudio: *¿Quo studio?* Y, siguiendo al santo, os pregunto yo: ¿Cuál es vuestro ardor? ¿Tenéis el fuego sagrado? ¿Sentís en vuestro interior el ardoroso y perseverante deseo de vuestra instrucción gramatical, literaria, científica, etc.? ¡Ah, sí! ¡gracias a Dios! Sé que sois valerosos, sé que lleváis a vuestros estudios esa ardorosa actividad, esa llama de entusiasmo, sin la cual es imposible al hombre hacer cosas grandes. Sé de otros, y en gran número, que son hijos del deber, que tienen esa exactitud de las conciencias fieles que piensan que nada han hecho, mientras les queda algo por hacer, y que no descansan sino después de haber cumplido la tarea, como el soldado que no se acuesta sino después de haber completado la victoria en el campo de batalla. Admiro esos espíritus generosos, amo a esos corazones concienzudos, y en un joven estudioso, casi siempre saludo a un joven virtuoso.

¡Ah, hijos míos! ¿Por qué ha de haber tantos y tantos jóvenes que piensan de manera distinta? ¿Por qué hay aquí mismo algunos que no saben ni comenzar un tema, ni terminarlo, algunos para quienes el estudio es una cadena, la ciencia un enemigo y los libros unos tiranos? ¿Por qué hay jóvenes que no sienten más que «esos deseos ineficaces que matan al perezoso» y que arrastran entre la miseria de la inacción y la tristeza del castigo todos los días, todas las semanas, para llegar, terminadas las clases, al desastre de una bancarrota intelectual que los exámenes se encargan de hacer manifiesta? ¿Por qué se obstinan en continuar una empresa que ha de conducirles a un resultado semejante? Si son para ellos una carga los estudios, ¿por qué continúan?

Si les pesan los libros, si en sus manos es la pluma un útil demasiado fino, demasiado delicado para sus dedos, que los substituyan por otros, por el arado, el azadón, el cepillo o la lima, que les convendrán más; y si les repugnan las ocupaciones liberales, que las cambien por las manuales o serviles. Diréis que sería descender de la condición de vuestros padres. No haciendo nada descenderéis más, pues vuestros padres han trabajado para ser lo que son.

Y después, hay otra decadencia peor que la que acabo de mostraros, y ante la cual tiemblo por vosotros: es, no sólo decadencia social e intelectual, sino también decadencia moral. Tengo miedo, hijos míos, de que si perdéis el tiempo, perdáis también el alma; tengo miedo de que esas aguas estancadas sean aguas corrompidas, y de que en ellas se oculten reptiles que os muerdan el corazón emponzoñándole con su veneno; tiemblo, hijos míos, por vuestra salvación. He leído en el Evangelio que no se entra en el cielo sino por la puerta estrecha, y mediante esfuerzo: *contendite intrare*; y temo por vosotros que, no habiendo tenido el valor necesario para abriros una puerta de honor entre los hombres y para el tiempo, tampoco tengáis la virtud indispensable para abriros una puerta de gloria para la eternidad.

II

Quiere san Bernardo, hijos míos, que le escuchéis todavía unos instantes más; réstale haceros aún una tercera pregunta, a que contestará él mismo: *¿Quo fine?* ¿con qué fin y con qué intenciones debemos estudiar? Al hablar de este asunto, el doctor considera la actitud de los hombres, según eran entonces, y según son hoy, distinguiendo entre ellos las diversas categorías que voy a exponer.

Hay, en primer lugar, un grupo constituido por los que quieren saber por saber: *scire volunt ut sciant*, porque se han dicho a sí mismos que nada hay en el mundo que sea superior a la ciencia, nada más grande, nada más bello, nada más digno de un gran espíritu, nada más envidiable para un gran corazón. «Y llegaré al fondo de todo esto, poseeré la última palabra en esta cuestión, alcanzaré a la cumbre de ese arte; tal es su interés supremo.» Y, en efecto, alguna vez se ven, no aquí sino en las escuelas superiores, en las universidades, jóvenes apasionados por saber a toda costa, jóvenes que encienden la lámpara en la tarde para no apagarla frecuentemente más que a las primeras claridades del día, y que páliden sobre los libros, interrogándolos a todas horas con un ardor que quiere arrebatar al genio o a la naturaleza los secretos de su fuerza, entrando, por decirlo así, en el imperio de Dios.

¡Hermoso anhelo, hijos míos! pero se extravía fácilmente, si no es ordenado, si no es cristiano: ¡cuántas decepciones prepara y cuántas ilusiones alimenta! Leed la *Imitación de Cristo* que lo dice así. San Bernardo le da el nombre de *turpis curiositas*, y si le llama torpe, es porque, en suma, el estudio debe perseguir un fin más noble, fin que destruimos al dar al estudio otro término que Dios.

Hay un segundo grupo, dice san Bernardo, que es el grupo de los que quisieran saber para darse a conocer: *Et sunt qui scire volunt ut sciantur ipsi*. Y esto es lo que llaman ellos gloria. Se han dicho a sí mismos: «Me haré un lugar en este templo de la fama. Quiero que se hable de mí, y quiero ser algo. Aquí, en el colegio, sobresaldré entre mis condiscípulos; más tarde brillaré en las universidades; en el mundo se dirá de mí que soy hombre distinguido y hasta superior; gozaré de fama entre mis contemporáneos; y, si es preciso com-

prar hoy todo esto por el trabajo encarnizado del estudio, estudiaré, trabajaré, me aplicaré con afán.»

No hay duda, hijos míos, que el deseo del honor es ambición noble, emulación laudable que os deseo. Pero esa pequeña satisfacción de sí mismo y de su poca ciencia; esa fatuidad del propio mérito y de los triunfos de la escuela; esa pedantesca pretensión de saber, y ese desdén por lo demás, que es consecuencia del contento mismo; esa ostentación de conocimientos de todo género, y esos aires de suficiencia que desprecian toda corrección y toda observación; esa afectación en la palabra, y esa arrogancia en la apostura, que parecen entregarse en espectáculo a la admiración; ese obstinado apego al propio sentir y a la propia manera de ver; esa denigración de la ciencia de los demás en beneficio de la gloria y del saber personales; esa intemperancia que le lleva a colocarse siempre delante, tratando de eclipsar a todo el mundo; esa seguridad precoz que jamás duda de nada, y lo afirma todo, ¿cómo los trata san Bernardo? ¿qué piensa de ellos? ¿cómo les llama? San Bernardo llama a todo eso nada más que vanidad; miserable y vergonzosa vanidad: *turpis vanitas*. Y si la llama vergüenza, *turpis*, cuando otros la llaman gloria, es porque es rebajamiento, es humillación de nuestro destino, es miserable desviación del objeto a que debe tender un espíritu del que Dios mismo, y sólo Dios, es el fin soberano.

El tercer grupo que señala san Bernardo es el grupo de los que desean saber para tener: *Et sunt item qui scire volunt, ut scientiam suam vendant*. Y añade que, unos venden la ciencia por dinero, y otros por honores: *verbi causa, pro pecunia, pro honoribus*. En suma, las miras utilitarias del estudio son las que denuncia el santo, miras utilitarias que, en nuestros tiempos, hay que confesarlo, dominan en el estudio como en todo. Triste es

en verdad, pero cierto, hijos míos, que hasta la juventud, esa edad reputada en otros tiempos como la edad generosa, se da por satisfecha con esos horizontes de interés, y no se eleva por encima de ellos. Fácilmente se encuentran hoy jóvenes de quince o de veinte años que se han dicho a sí mismos: «No quiero buscar sino lo que me sea productivo y cuanto más mejor; poco importa lo demás. Preciso es, pues, dejar a un lado los nobles vuelos del sagrado entusiasmo por la belleza literaria y artística que de niño sentía yo encenderse en mi corazón, y humedeciéndose a veces mis ojos ante las sublimes creaciones del genio: ¡no se trata de esto! Lo que yo quiero es un porvenir; lo que necesito es una posición, un puesto brillante, distinciones, fortuna, placeres; y como todo esto no se concede más que a la capacidad y a la instrucción, y un diploma es el pasaporte que, para otorgarlo, exigen la ley y la opinión, compraré ese diploma al precio del estudio necesario, sin preocuparme de conceder a esas meditaciones y a esas composiciones un óbolo de atención o un óbolo de tiempo más grandes que los estrictamente necesarios para conseguir el grado que me propongo.» ¿Es verdad lo que digo, hijos míos?

Por todas partes oigo repetir que tales estudios no hacen hombres; y así lo creo; pero afirmo además que ese estrecho cálculo no es propio del cristiano; porque Dios quiere que se cultive el espíritu para perfeccionarlo. Si secundariamente pedís al estudio que os abra las carreras, y que os procure un destino honroso, hacéis bien, hijos míos; y no he de ser yo quien de ello pretenda disuadiros; pero éste no es más que un objeto secundario. Ved por qué san Bernardo lo desdeña como vil especulación de interés y de concupiscencia, *turpis quaestus*; mientras que el noble interés, el lucro que hay que

colocar por encima de todo es ganar a Dios y procurarnos su gloria de la manera que os voy a decir.

III

Y aquí pasa san Bernardo al grupo de los cristianos, que divide en dos clases: la de los que estudian con el fin de amar más a Dios, conociéndole mejor: *sunt qui scire volunt ut aedificentur*, y la de los que estudian con el fin de servir mejor a Dios, haciéndole más conocido: *Sunt qui scire volunt ut alios aedificent*. Aquéllos representan la sabiduría, y éstos la caridad; y el santo dice que estas dos categorías de estudiantes son las únicas que comprenden la ciencia y que no abusan de ella.

El estudio, pues, debe servir para haceros mejores: «¡Desgraciada la ciencia estéril, ha dicho Bossuet, que no se inclina al amor!» Si yo conociese a Dios como los ángeles, decía un santo, le amaría y le serviría como ellos. ¿No es verdad que Dios se da a conocer en todo lo que leéis y en todo lo que estudiáis? ¿No se manifiesta en las letras y en las artes como manantial de toda belleza? ¡Qué hermoso es todo esto, Dios mío! pero Vos sois más hermoso todavía. En la historia se ve como Providencia universal: *Et judicium tua in providentia, Deus, promissisti*. En las ciencias, en todos los órdenes de ciencias, físicas, naturales, filosóficas, y hasta matemáticas, aparece como causa productora, como ley primordial, como idea eterna, como principio y fin de todas las cosas. No hay uno solo de los estudios que habéis de cursar en esta escuela, en el que no encuentren a Dios aquellos que lo saben ver desde la base a la cumbre, desde el principio al fin. Y cuando le encontréis en ellos, cuando en el estudio se os aparezcan la sombra de su mano o la luz de su faz, ¿no le saludaréis? ¿no haréis que asciendan hasta su trono esas adoraciones, esas acciones de gracias que del fondo de sus enaje-

nados corazones hacían salir para él los Newton, los Kepler, los Ampere, los Linneo y otros muchos?

Pero san Bernardo quiere otra cosa. Buscad la ciencia que ha de servirlos, no sólo para vosotros, sino para los demás hombres, vuestros hermanos. A esto llama el santo doctor «edificarlos.» Escuchad el sentido de esta palabra. Hay, en derredor vuestro, espíritus en ruina, o que amenazan ruina, batidos en brecha por las ideas modernas, como por máquinas de guerra. Se os impone la tarea, se os concede el honor de edificarlos, esto es, de reconstruirlos, de restaurarlos mediante vuestros estudios; *ut aedificent*. Y, ¿qué es necesario hacer para esto? Se necesitan hombres de principios y hombres instruidos, con los cuales pueda contarse; ellos saben lo que dicen y saben decirlo con autoridad y convicción de modo que con sólo afirmar, ya se imponen. Y esto, dice san Bernardo, no es otra cosa que la inteligencia puesta al servicio del bien: *Ad hoc volunt intelligere ut bene faciant*.

Y ahora, concluyamos, hijos míos: ¿qué haréis para cumplir estos designios? ¿Qué haréis antes del estudio, en el estudio y después del estudio?

Antes del estudio, rezad. Mirad en cualquiera de las salas donde os reunís: sobre vuestras cabezas está el Crucifijo que tiene su reino sobre todos. El os dice que os halláis en la escuela de Dios; invocad al Maestro: *Veni, sancte Spiritus*. Es llamado en la Escritura Padre de las luces; las nuestras, aun las más brillantes, ¡son tan pálidas al lado de las suyas!

Durante el estudio mantenéos cerca de Dios, en presencia de Dios, en la escuela de Dios. Dirigid constantemente vuestro espíritu hacia su claridad, para que ninguna sombra de error o de duda pueda empañar el brillo de vuestra fe. Guardad fielmente vuestro corazón en su amor, para que ninguna mancha de imaginación

o de deseo llegue a obscurecer en vosotros el resplandor de la divina belleza que debéis amar por encima de todo.

En un hombre de genio, que era también hombre de gran fe, en uno de los hombres que, en el siglo en que vivimos, han ensanchado más las fronteras de la ciencia ocupando todas sus cumbres, encontraremos, hijos míos, un hermoso ejemplo, un modelo perfecto de lo que acabo de deciros. Me refiero a Juan María Ampère, al gran Ampère. Hay una página que escribió sobre el estudio, página admirable que parece traducida de la *Imitación de Cristo*. Se dirige a sí mismo:

«No conformes tus ideas a las del mundo, si quieres que estén conformes con la verdad. La doctrina del mundo es doctrina de perdición. La figura del mundo pasa; si te alimentas de sus vanidades, pasarás como ella. Pero la verdad de Dios permanece eternamente; si de ella vives, serás, como ella, eterno.

«¡Oh Dios mío! ¿qué son todas esas ciencias, todos esos razonamientos, todos esos descubrimientos del genio, todas esas vastas concepciones que admira el mundo, y en las que tan ávidamente se apacienta la curiosidad? Nada, en verdad; puras vanidades.

«Estúdia, sin embargo; pero no con tanta diligencia. Que te sirva para medios menos frívolos el casi extinguido calor del alma; no lo consumas en cosas parecidas, y ponte en guardia para que, como hasta ahora, no te preocupen las ciencias. Trabaja con espíritu de oración. Estúdia las cosas del mundo, pues tal es el deber de tu estado; pero no las mires más que con un ojo, teniendo el otro constantemente fijo en la luz eterna. Escucha a los sabios, pero sólo con un oído, teniendo el otro siempre pronto a recibir los dulces acentos de tu Amigo celestial.

«No escribas más que con una mano; que la otra te sirva para asirte al vestido de Dios, lo mismo que

se mantiene siempre el niño agarrado al vestido de su padre. Sin esta precaución te herirás infaliblemente la cabeza contra alguna piedra.

«Que desde hoy se mantenga mi alma unida a Dios y a Jesucristo.

«¡Bendecidme, Dios mío!»

En fin, el estudio cristiano termina por la acción de gracias. En nuestras escuelas termina ordinariamente con la plegaria *Sub tuum praesidium*, dirigida a María, asiento de la sabiduría y Reina de la juventud y de la infancia cristianas. ¿Qué estrecha relación existe entre el estudio y la que es Madre del Verbo hecho hombre y madre de toda pureza y de toda hermosura? Sería fácil probarlo. Pero, por ahora, me basta con haceros presente que los sabios y los doctores verdaderamente dignos de tal nombre, han atribuido siempre a la Virgen María sus progresos.

Uno de los más grandes obispos de nuestro siglo, el cardenal Pie, obispo de Poitiers, se espontaneaba así con sus discípulos que le felicitaban por su prodigiosa facilidad natural. «¿Natural? no tanto como creéis vosotros, porque es muy cierto que la mejor parte corresponde a la Santísima Virgen.» Y a continuación relataba el siguiente ejemplo, que no figura en su historia, pero que se conoce por las tradiciones del Seminario de Saint-Chéron, del que había sido discípulo. «A mediados del siglo XVI, decía, en el año 1540, había en este mismo lugar, que era entonces una abadía, un novicio que llegó a ser célebre, que se llamaba Claudio de Saintes, y que en aquella época tenía tan adormecido el espíritu, que no era capaz ni aun de leer convenientemente una lección de maitines. Claudio se dirigió a la Nuestra Señora de Chartres, cuyo templo se eleva en la colina opuesta, y allí le suplicó con instancia le obtuviera de su divino Hijo el don de la ciencia. De

tal manera escuchó María su oración, que Claudio de Saintes llegó a ser doctor en teología y enseñó con brillo, en el célebre Colegio de Navarra, en París. Su provincia le nombró diputado para el Concilio de Trento del que fue una de las lumbreras, y, en fin, sus escritos le valieron un renombre tal, que fue hecho obispo de la villa de Evreux.»

El que relataba esta historia de Claudio de Saintes, ignoraba que él mismo estaba destinado a llevar una ciencia más elevada y un nombre más brillante a otra silla y a otro concilio, por el crédito todopoderoso de la misma protectora. Yo, hijos míos, no os presagio grandezas semejantes, pero os deseo que la misma estrella de la mañana brille sobre vuestros espíritus en la aurora de vuestra vida. Así sea!

MONSEÑOR BAUNARD

DE LA MORFINA A LA ETERNIDAD

Aquella última vez el médico había venido desalentado.

Aunque eso era, al fin y al cabo, lo que le daba de comer, estaba ya harto de auscultar aquel cadáver, de aplicar las orejas a las salientes asperezas de las costillas para comprobar—lo que saltaba a la vista—que los pulmones estaban deshechos y que el joven Edmundo de Gardeney no tenía vida más que para veinticuatro horas.

Así, hoy se decide a no disfrazar nada de la verdad, y cogiendo al padre se lo lleva al rincón de una ventana.

—Es el fin—le murmura francamente.—He tenido